



Colección La Antorcha

La virtud de la política

José Luis González Quirós

La virtud de la política

Prólogo de
Guillermo Gortázar



Unión Editorial

faes
FUNDACIÓN

© 2022 José Luis González Quirós

© 2022 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo 52 • local • 28015 Madrid
Tel. 913 500 228
editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales
Calle Ruiz de Alarcón 13, 2º
28014 Madrid
Tel. 915 766 857
info@fundacionfaes.org
www.fundacionfaes.org

ISBN: 978-84-7209-863-3
Depósito legal: M. 14-2022

Impreso en España • *Printed in Spain*

*Esta edición se realiza con el apoyo
de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

PRÓLOGO	9
<i>Por Guillermo Gortázar</i>	
INTRODUCCIÓN	19
LOS ORÍGENES DE LA POLÍTICA	27
I. La realidad del poder.....	31
1. La invención de la política.....	33
2. Los individuos y el poder	49
3. La personificación del poder político	65
II. La convivencia política	79
1. El hogar natural	82
2. Los espacios públicos: pertenencia e identidad.....	89
3. Fronteras e identidad nacional.....	112
III. Naturaleza, historia y libertad	121
1. El cambio histórico	125
2. La construcción de lo perdurable.....	135
3. Cultura política	146
LOS SUPUESTOS DE LA POLÍTICA	157
I. La ley.....	161
1. Naturaleza, mandato y costumbre	164
2. Las leyes y el gobierno	174
II. Las libertades y el mundo moderno	181
1. La libertad, problema metafísico	184
2. La libertad en distintos mundos.....	201

3. El poder y la conciencia, sobre Eichmann en Jerusalén.....	211
4. El eclipse de la libertad política.....	221
EL ESTADO Y LA POLÍTICA.....	241
I. El Estado creciente	245
1. Del Estado moderno a la politización de la existencia.....	253
2. La política como mercado y el Estado como botín	274
3. El Estado máquina y el monopolio de la arbitrariedad.....	292
II. La imaginación política	311
1. Tradición e innovación, conservadores y progresistas	323
2. Los partidos y la privatización de la política.....	340
3. La vida política entre la ética y la ilusión.....	371
4. Las virtudes de la política.....	389
ÍNDICE DE NOMBRES	433

PRÓLOGO

Por Guillermo Gortázar

José Luis González Quirós nos invita en este libro a reflexionar sobre la importancia de la política que el autor (y este prologoista) considera puede ser virtuosa si se orienta hacia el bien común. Advierte el autor que la política sea virtuosa o calamitosa no depende sólo de los políticos profesionales. Depende fundamentalmente de la opinión pública, de los votantes o electores. De ahí se deduce que estamos ante una responsabilidad individual que no cabe diluir en la abstracta responsabilidad compartida.

La política existe desde que hay estado. El origen del Estado y de la política se produjo en el tránsito de los grupos humanos jerarquizados por la fuerza (el guerrero o cazador más fuerte) o la senectud (el anciano más respetado) de grupos de recolectores y cazadores a la *polis*, a la ciudad.

La *polis* es un marco que confiere seguridad, estabilidad y atiende y trata de resolver una complejidad social de relaciones mucho mayor que el mundo y vida de los cazadores y recolectores. La *polis* es un nuevo mundo de agricultores, de comerciantes, de soldados, de ciudadanos que organizan un sistema de normas y de poder político originariamente monárquico y en otras ocasiones republicano o senatorial.

Así surgió el estado y la política y desde entonces los *cives*, los ciudadanos, formamos parte de una *polis* o de un grupo de polis que constituyen, al cabo de decenios de vida en común,

una nación. El estado (sobre todo si es el resultado de una prolongada convivencia como nación, como es el caso de España) es una obra de arte, porque es garantía de convivencia y libertad. Por eso hay que defenderlo frente a sus enemigos: los exclusivistas, los iluminados y los demagogos. El estado, como obra de arte, es caro, delicado y frágil. Un gobierno democrático que es la evolución más deseable de la política, que garantice la seguridad, la propiedad, la libertad, y no sea abusivo, es una carga ligera, imprescindible y valiosa.

El siglo XXI está lleno de incertidumbres y ataques a la libertad que pueden florecer en el marco de crisis institucionales, económicas o, ahora, pandémicas o tecnológicas. Frente a esas amenazas, los ciudadanos que deseamos vivir en libertad estamos obligados a defender y valorar instituciones sólidas; estados seguros bajo el imperio de la ley.

Las personas que padecen más sufrimientos son aquellas que habitan en zonas geográficas que no tienen seguridad ni fronteras definidas y que son estados fallidos, “no estados”, en Haití, en la antigua Siria, Libia o en el Sahel. Cuando se ataca al gobierno de la *polis* como institución se comete un error de bulto. Es mejor un mal gobierno que un no gobierno. El mal gobierno puede reformarse o ser cambiado; si no hay estado ni gobierno estamos en la ley de la selva, en manos de los señores de la guerra.

González Quirós redacta este libro uniendo una reflexión desde un amplio conocimiento de filosofía y de teoría política junto a una dilatada experiencia personal en los asuntos públicos, desde la época del partido Unión de Centro Democrático en España en los años ochenta del pasado siglo hasta el desperdiciado periodo de la mayoría absoluta del PP, en 2011 y en el presente.

Esta unión de experiencia práctica y conocimiento de teoría política y filosofía de González Quirós hace a *La virtud de*

la política una rara avis en el panorama de los ensayos españoles. Por mi parte confieso que me aproximo más a la política desde una perspectiva histórica, junto también, con una cierta experiencia en la oposición política en la época de la dictadura franquista y después en la democracia española.

Creo que tener experiencia en el funcionamiento práctico, diario e intenso, unido a un conocimiento de historia, sociología, ciencia política o filosofía hace que el autor de un ensayo, como el presente, se diferencie de un modo muy notable del escritor que sólo tiene experiencia política o del teórico sin experiencia que analiza la política desde fuera. Son dos visiones (el sólo político o el sólo teórico) necesariamente parciales y esa limitación se advierte de una manera muy evidente en los textos que escriben y publican.

Voy a poner un ejemplo. Don José Ortega y Gasset fue sin duda el filósofo más influyente en España y muy reconocido en Europa en la primera mitad del siglo XX. Sus textos eran de gran agudeza y visión de conjunto, pero la ausencia de experiencia política le llevó a errores de apreciación, al menos, en dos ocasiones decisivas de la época que le tocó vivir (o padecer).

La primera ocasión fue la buena acogida de Ortega y Gasset a la dictadura de Primo de Rivera el 23 de septiembre de 1923. Fue un error en el que cayeron buena parte de los intelectuales y de la opinión española con la excepción de los líderes y dirigentes de los partidos dinásticos. Los políticos de la Restauración comprendieron y advirtieron inmediatamente que aquel golpe de Estado iniciaba una peligrosa deriva de inestabilidad constitucional que podría llevarse por delante el Trono e iniciar una polarización de graves riesgos para España. Acertaron; es lo que ocurrió.

En honor a la verdad Ortega y Gasset no tardó en percatarse tres meses después de septiembre de 1923 que el dictador

Primo de Rivera prefería mantenerse en el poder sin control antes que proceder a una reforma de las insuficiencias y defectos del régimen de la Restauración. El general Primo de Rivera fue un acérrimo crítico de los políticos dinásticos y lo resolvió sustituyéndolos por sus políticos. Los primeros estaban bajo control parlamentario; los segundos bajo el control personal del dictador. Al poco tiempo Ortega y Gasset pasó a engrosar el amplio frente anti dictadura.

La segunda ocasión de rectificación de Ortega fue el fuerte impulso que numerosos intelectuales en 1930 y 1931 dieron a la ruptura contra la monarquía y contribuyeron a traer la República. El proyecto conspirativo republicano también fue concebido como un golpe de estado insurreccional en el Pacto de San Sebastián del 17 de agosto de 1930.

En 1931 Ortega y Gasset lideró el nacimiento de la Agrupación al Servicio de la República que fue un grito bienintencionado de influyentes intelectuales españoles (Marañón, Pérez de Ayala, Antonio Machado y otros) por la parálisis del gobierno Berenguer. La Agrupación llegó a tener trece diputados en las elecciones constituyentes del 28 de junio de 1931. Ortega y Gasset, decepcionado por el camino radical y sectario de Azaña y del PSOE, se desligó de la acción política advirtiendo (en esta ocasión con visión y acierto) un futuro dramático para la República y para España. El 9 de septiembre de 1931 don José publicó un importante artículo en el diario *El Sol*, “No es esto, no es esto” en el que advertía:

Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron con el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: “¡No es esto, no es esto!”. La República es una cosa. El “radicalismo” es otra. Si no, al tiempo.

González Quirós señala que la política, los políticos tienen mala prensa, pero el mayor error es desentenderse de la cosa pública puesto que dado que, afortunadamente, tenemos un estado, siempre habrá políticos que lo administren. Es mucho mejor que sean políticos elegidos, y eventualmente relevados o cesados por el resultado electoral, que aquellos que se mantiene *in aeternum* gracias al monopolio de la fuerza.

La clave de la vida política, de la convivencia en seguridad, paz y libertad, es la potencia y prestigio de sus instituciones. Si se produce una campaña de deterioro de las instituciones y desprestigio de *todos* los políticos, el riesgo de ruptura y de instalación de una dictadura es más que probable. La experiencia nos enseña que eso es lo que ocurrió en España en 1923 y en 1939. Pero ni la política ni los políticos desaparecen en regímenes autoritarios, populistas o totalitarios. Los nuevos políticos son elegidos desde arriba por el dictador de turno y es quien los remueve o cambia hasta que él mismo cae o desaparece derrotado por una guerra (Hitler, Mussolini) o por edad (Stalin).

Incluso en los regímenes autoritarios como el de Franco, y más en los totalitarios como los sistemas de Hitler o Stalin, se produce otra forma de hacer política. En el caso de España las “familias” o corrientes políticas (católicos, falangistas, tradicionalistas, tecnócratas...) pugnaban por el favor del Caudillo para ocupar, mantener o ampliar posiciones de poder. Incluso en el ámbito próximo de Franco, en el Palacio del Pardo, se constituían camarillas palaciegas influyentes, que luchaban entre sí, por favores, temas y cargos políticos de alta responsabilidad.

Cuanto mayor es la opresión y poder del déspota menor es la presencia de “familias” o corrientes políticas internas. Esas corrientes eran impensables en la Alemania Nazi o en la Rusia de Stalin. En aquellos sistemas totalitarios la “política” interna

se orientaban al mejor posicionamiento para ocupar cargos, tener la estima del déspota y situarse lo mejor posible en la sucesión del dictador. Un buen ejemplo fue, la lucha en Berlín entre Goering, Goebles y Himler entre 1939 y 1944. Lo mismo ocurrió en Moscú entre Malenkov, Beria y Kruschev, al inicio de los años cincuenta del pasado siglo.

Ese es el modelo de política y lucha por el poder reconocible en el Imperio Romano o en los imperios orientales de China o Japón. La política en aquellos sistemas se reducía a luchas palaciegas en los que el veneno y conspiraciones de esposas, familiares, generales y concubinas emergían como una lucha despiadada por el poder o la sucesión del monarca o emperador. El fracaso significaba, en el mejor de los casos, el ostracismo y, con mayor frecuencia, la tortura y la muerte.

Es evidente que política en sus diversas modalidades ha existido en el pasado desde que hay estado y que la habrá en el futuro. La política del pasado pesa en el presente a través de la experiencia y las vivencias. La visión global del pasado corresponde a las investigaciones de los historiadores, a las memorias de la época y los documentos o fuentes conocidas o por revelar. La historia que escriben e imponen los políticos como historia oficial es propia de los sistemas totalitarios.

La experiencia del totalitarismo y la victoria final de la democracia en 1989, con la caída de muro de Berlín, demuestran que cuanto más cerrado es un sistema (las dictaduras) más reducido es el ámbito de la acción política. Por el contrario cuanto más abierto y liberal es el debate político más amplia es la participación política (en las democracias). De ahí que la libre información y el debate social en el que participan los ciudadanos permitan configurar la esencia de la libertad y la democracia a través de elecciones libres y, en su caso, preguntando a los ciudadanos la resolución de un tema transversal en referéndum.

González Quirós se centra en los rasgos dominantes de la política del Estado contemporáneo que es muy diferente de los sistemas de gobierno y de poder en el pasado, desde el inicio de la política. A diferencia de los gobiernos del pasado, antes del siglo XIX, el estado actual es omnipotente y omnicomprendido. Y terrible cuando es totalitario. En el mundo antiguo greco romano, el ámbito privado era sagrado y ni el gobierno ni aquel incipiente estado osaba entrometerse en el *domus*. Por el contrario el estado contemporáneo se ocupa en determinar, con gran celo y de modo invasivo, cómo tiene que ser la educación de nuestros hijos.

Con ello quiero significar, como hace el autor, que cada época vive la política de una manera diferente. En Europa, el debate central del siglo XIX fue determinar el camino por el que finalizaba el Antiguo Régimen del barroco hacia los regímenes parlamentarios liberales. El Reino Unido eligió un modelo evolutivo; Francia, uno revolucionario, mucho más costoso y sangriento. Pero al final el signo de aquella época, del siglo XIX fue, en todas las naciones e imperios europeos, incluso en Rusia, articular sistemas parlamentarios más o menos liberales.

El siglo XX estuvo determinando por la evolución del parlamentarismo liberal a la democracia que se completó con la caída del muro de Berlín en 1989. Y ahora la pregunta es ¿Cuál es el signo político de este siglo XXI?

En el siglo XXI hay nuevos e inesperados actores protagonistas: la revolución tecnológica, la pandemia y los superestados (grandes naciones o conjunto de naciones con cientos de millones de habitantes, como Nigeria, Indonesia, México, Brasil, la Unión Europea...).

Los grandes actores tecnológicos se configuran como poderes supranacionales. La pandemia emerge como una amenaza global de futuro y consecuencias desconocidas. Los su-

perestados dibujan una geopolítica mundial diferente a la del siglo XX. Esos superestados tienen el reto de garantizar la propiedad y la seguridad. En ellos, la libertad, la representación y control político es muy deficiente. En la práctica, salvo en los Estados Unidos, es difícil conjugar todos esos objetivos por la complejidad que conlleva. Pero incluso en los Estados Unidos han emergido casos como Donald Trump, un presidente que recogía un notable descontento de muchos ciudadanos con el *stablishment* americano.

La competencia en el mundo global de este siglo, si se reduce a la lucha por la hegemonía económica, será un capítulo pacífico y positivo para los once mil millones de habitantes del planeta calculados al final de 2099. Si la competencia conduce a enfrentamientos militares o tecnológicos por el control o conquista de espacios territoriales, el siglo XXI puede ser más catastrófico aun que el siglo XX.

Además de las naciones estado, en el presente se atisban tres modelos de estados contemporáneos: el estado autoritario capitalista chino, la democracia presidencialista americana y el super estado, la UE, de despotismo ilustrado en construcción (todo para el pueblo, pero sin el pueblo) de la vieja Europa.

Es imposible hacer predicciones sobre el complejo (y apasionante) futuro que nos aguarda. Lo que sí me parece claro, y esta es la principal aportación de González Quirós, es que el camino de salvación de las sociedades o naciones libres y prósperas pasa por la política, por la buena política realizada por ciudadanos competentes, patriotas y responsables. La política es una profesión que sólo se aprende en la acción, en la experiencia, y se complementa con la lectura y debate de los autores clásicos y conociendo los hechos relevantes de la Historia y sus consecuencias.

Como finaliza González Quirós este interesante libro, nos queda la esperanza:

Por extraño que pueda resultar vuelven a aparecer partidarios de muy viejas formas de establecer el orden y parte de esas tendencias encuentran apoyo en la filosofía con la que se mueven grandes monopolios casi universales que controlan las tecnologías de comunicación. Todo parece apuntar, en ocasiones, hacia un mundo sombrío, pero evitarlo es una posibilidad que todavía está abierta a la virtud de la política.

INTRODUCCIÓN

*«Lo más honesto que puede hacer un escritor
no es reflejar su época, sino ir en contra de ella».*
Ignacio Peyró, *Ya sentarás cabeza*

Este libro trata de explicar cuál es la *virtud* de la política, su vitalidad y su fuerza, qué es lo que tiene de vigoroso y benéfico, e invita a ocuparse en ella, pues acertar a hacerla bien es un requisito esencial de la felicidad común. La política tiene mala fama y está necesitada de elogios y de buen entendimiento, puesto que, como todo lo humano, admite tipos, clases y buena o mala nota. Muchos creen que se puede despachar como algo prescindible, incluso como una plaga o una conspiración contra el interés de los más, pero esa es una imagen bastante distorsionada de la mala política, que tal vez abunde más que la buena.

Exculpar a los ciudadanos de los vicios de sus políticos me parece una hipocresía. Es necesario desmentir el tópico pernicioso que ensalza la crítica a la política y los políticos sin caer en la cuenta de que sus defectos también nos representan y de que solo corrigiéndolos *desde abajo* se evitará que se reproduzcan y agiganten *arriba*. Cabe desear que los políticos sean ejemplares, pero no es fácil que lo sean si el espejo en que se miran es vulgar: es bastante iluso imaginar que sea posible una política de primera clase en un país que no lo es.

En los tiempos que corren, escribir es siempre un atrevimiento. Mi excusa es simple: he tenido una cierta experiencia

de la política (aunque quienes me han conocido tal vez opinen que nunca me he enterado de nada) al tiempo que mi oficio de filósofo me inclinaba a comparar la aspereza de la realidad con los modelos ideales. Las líneas que siguen son el resultado de ese contraste y tratan de presentar una imagen lo más digna posible de la política que en verdad existe.

En este texto se recurre a un esquema clásico en el análisis de la acción humana que es válido para el caso de la política porque, al fin y al cabo, la política consiste en acción. Cualquier acción puede entenderse partiendo de cuáles son las realidades que la determinan, las que constituyen el ámbito en el que se desenvuelve, de cuáles son las ideas e intenciones del actor y del análisis de los medios o instrumentos de que dispone para alcanzar sus objetivos.

Los tres capítulos de este libro se ocupan de esos tres planos que son discernibles, pero están en continua interacción. El primero trata de proporcionar una comprensión básica de lo que ocurre, de cómo la política se ha ido haciendo cargo de gestionar las sociedades a partir de modelos de convivencia más primitivos, de la naturaleza histórica de las formas de convivencia social y del papel que los diferentes poderes y la acción política han desempeñado en ellas.

En la actualidad, la política puede parecer algo muy alejado de las vidas comunes, como si constituyera un mundo aparte, pero su funcionamiento condiciona la mayor parte de las facetas de la vida humana y, en consecuencia, del destino personal de cada cual, de forma que se debería considerar irrenunciable participar de manera activa en su funcionamiento, aunque sea normal que esa pretensión se estime como algo irreal, porque las posibilidades de la mayoría parecen estar muy lejos de poder implicar el menor cambio en ese ámbito.

Los ideales que abrigamos suponen un valor político importante y de ello se ocupa el segundo capítulo del libro, de la

forma en que se han articulado los principios que sirven para modelar y juzgar las acciones, cómo han hecho aparecer instituciones, reglas y derechos que se han establecido como ejemplares y cómo se han formulado los ideales morales y políticos que han creado los sistemas que consiguen despersonalizar en buena medida el ejercicio del poder y el papel desempeñado por el reconocimiento de la libertad en el desarrollo de cualquier política. El elemento ideal es indispensable para comprender y enjuiciar la vida política, pero sin olvidar su carácter peculiar, su arraigo en formas de experiencia y hábitos que marcan de manera indeleble sus cualidades y posibilidades para cada sociedad y cada momento.

El tercer capítulo examina, por tanto, las formas en las que se desarrolla la acción política, la política como horizonte de libertad y de progreso y las formas en las que su ejercicio potencia o interfiere la vida común y afecta a las exigencias morales de una vida humana digna. La realidad de la política efectiva siempre depende de su engarce con las tradiciones y usos de la conducta colectiva, con los valores y convicciones que predominan en su población de referencia. Por esta razón, la política, es, sobre todo, particular y local, pese a los intentos de comprenderla con categorías consagradas en otras partes, como si se pudiese explicar, digamos, el habla andaluza con la sintaxis germánica. Hacerlo así equivaldría a violar las normas elementales de la lógica y los límites de la experiencia para dedicarse a explicar lo singular por lo general, un proceder no muy razonable.

El poder político está siempre alerta, tiende a excederse y nunca ha tenido más medios a su disposición para lograrlo que en las condiciones actuales, y es fácil que le acaben siendo todavía más favorables en el futuro. Me parece muy necesario que frente a esa tendencia al control desde arriba se consoliden mejores maneras de hacer política, pero sería imposible que

eso llegare a suceder si se impusiesen las ideas dogmáticas y cerradas que tratan de promover formas de absolutismo, de negación de la política.

La vida política puede verse como cabalgando a un tiempo sobre dos corceles, uno más teórico e ideal, otro más pragmático y urgente, que siempre van juntos pese a su muy distinta condición y a su muy diverso carácter. En ocasiones puede pensarse que se trata de un único animal tal vez dotado de una personalidad bipolar, pero, en cualquier caso, hay siempre una tensión en la vida política que es el conflicto que está también en la base de cualquier decisión libre: por un lado está la tendencia acomodaticia, por otro el imperativo ético que plantea el deber ser, por un lado la moral de la adaptación que convierte a nuestra libertad en un mecanismo de gestión de las circunstancias, por otro la voluntad de perseguir y alcanzar fines trascendentes, con independencia de lo que dicte la conveniencia o el interés del momento.

El poder político tiene un abundante historial de violencias, crímenes, saqueos, extorsiones, estragos, cárcel y tormentos, de manera que las formas en las que hoy se desarrolla, se conquista y se pierde en las democracias tiene que parecernos admirable y pacífica. Ha habido, por supuesto, episodios muy recientes de barbarie, desde el nazismo y el estalinismo hasta los brotes de guerrilla, terrorismo, secuestro y asesinato que se padecen ahora mismo en muchos lugares; pero las democracias, por imperfectas que sean, han civilizado la disputa por el poder político y han creado esa forma casi rutinaria de controlarlo a la que llamamos política.

Asumir que la política es solo el oficio de algunos es un gravísimo error, similar al que se comete al pensar que la vida que vivimos, nuestra forma de ser y de pensar, sea solo la consecuencia de las decisiones de algunos seres egregios. Los grandes personajes sirven para etiquetar procesos muy com-

plejos, pero no deben confundirse con ellos, sin que esto quiera negar el papel relevante de los protagonistas. En España, por ejemplo, el franquismo no fue solo Franco, aunque sin duda el militar de Ferrol tuvo un papel destacado. Comprender las relaciones que se dan entre los protagonistas de una determinada política y su apoyo social es uno de los objetivos de cualquier análisis histórico y me temo que, más allá de los esquemas ideológicos, no sea fácil encontrar ni líneas maestras de análisis ni reglas de interpretación válidas para todos los casos. No es este el único aspecto en que la comprensión de la política escapa a una idea demasiado simple acerca de la verdad.

Que las buenas políticas nos han apartado de la selva es algo más que una metáfora y lo es porque la política es siempre lo contrario de la guerra, de las formas de imponer la ley del más fuerte. Mejor o peor, la política es algo necesario, cuya calidad no puede crecer sin la savia de quienes se arriesgan a participar y se arrimen a sus tareas con inteligencia, con esperanza y con valor, sabiendo que la política le exigirá determinación y audacia, pero que no hará nada memorable si su actuación no está inspirada en la piedad hacia los demás y, en consecuencia, en el empeño por contribuir a la consecución de un mundo cada vez más humano y menos ajeno.

Al escribir sobre estas cuestiones he tratado de evitar la pedantería y alejarme de quienes se parapetan tras una de las *boutades* más indulgentes de Nietzsche, aquello de que no hay hechos sino interpretaciones, una pasta que suele tener buen mercado porque casi siempre encuentra lectores que están esperando convertir sus perplejidades en una cosmovisión con clase, lo que me recuerda la malévola afirmación de Baroja de que los *snobs* siempre están deseando hacer descubrimientos. No hay que dar pábulo a la impresión de que la política es algo tan difícil de comprender como se dice lo es la mecánica cuántica.

Solo trato de ayudar a que se entienda cómo funciona y en qué consiste la política a la que hoy asistimos y cuál es su virtud, para invitar al lector a que se implique en algo que, lo quiera o no, está determinando en gran medida la vida que vive y, mientras siga existiendo algo a lo que podamos llamar libertad, también la vida que le espera. Es más fácil decirlo que lograrlo, de forma que pido perdón al lector por los posibles extravíos en mi modesta intención.

La vida humana individual termina como lo hace, pero las sociedades se renuevan de manera continuada y en torno a esa renovación se enfrentan los atavismos más básicos y ancestrales con algo cada vez más parecido a la ciencia ficción, una tensión que, a no ser que se sepa atenuar, amenaza con reducir la vida política que conocemos a una caricatura, cosa que, de suceder, no lo hará sin riesgos casi inimaginables para la vida y la libertad. Frente a todo ello, cumple ser optimista, esforzarse por serlo y estas páginas aspiran a contribuir a la reflexión necesaria para no ceder al derrotismo y tener la energía suficiente para procurar lo mejor dentro de lo posible.

Mi intención ha sido que este libro se lea como un elogio de la libertad, la democracia, la política y la moderación. Aunque en esta clase de asuntos es muy difícil alcanzar el ideal de objetividad que requiere la teoría bien hecha, he procurado ser tan reflexivo e impersonal como he podido, es el lector quien ha de juzgarlo.

Quiero agradecer el favor a los buenos amigos que se han tomado el trabajo de leer el primer manuscrito y me han ayudado con sus observaciones y sugerencias a mejorarlo y a encontrar editor: Juan Arana, José Luis Puerta, Javier Benegas, Miriam Tey, Ernesto Baltar, Javier Zarzalejos, Joaquín Abril Martorell, Benigno Blanco, José Carlos Rodríguez, Alejo Vidal Quadras, Jesús de Garay, Juan Carlos Vidal, Jorge Trías, Miguel Ángel Quintanilla, Dámaso Rico, Salvador Anaya, Javier Or-

dóñez, José Manuel de Torres y, muy en especial, a Guillermo Gortázar, que me ha hecho el honor de prologarlo, a Juan Pablo Marcos, mi editor, y, *last but not least*, a Felipe Gómez Pallette, sin cuyas cuidadosas y atinadas anotaciones este libro tendría más defectos de los que todavía conserva.

LOS ORÍGENES DE LA POLÍTICA

Los griegos clásicos constituyen el primer grupo humano que ha fijado en textos reflexivos sus perplejidades acerca de las artes de la vida, su ética y de la convivencia, su política. Al leer esos primeros textos nos asaltan dos impresiones, la primera se refiere a que sus formas de vida eran muy distintas de las contemporáneas, pero también caemos en la cuenta de que, pese a esa distancia tan obvia, buena parte de los problemas que discutieron nos resultan muy familiares y tenemos la sensación de que, de alguna manera, habían descubierto muy pronto el núcleo de las cuestiones más peliagudas. Eso pasa, en parte, porque acertaron a crear muchas de las palabras fundamentales, tales como *democracia*, *gobierno* o *justicia*, parte importante de los conceptos que hoy se siguen usando para entender el funcionamiento político y la conflictividad social, y, si no andamos con cuidado, podemos llegar a confundirnos, porque la mismidad de las palabras oculta la profunda diversidad entre nuestras sociedades y aquellas en las que pensadores audaces introdujeron unos conceptos que han durado tanto.

Cuando se reflexiona sobre el poder *político*, pues hay distintas especies de poder, el único fin razonable de esa meditación es la intención de ponerle límites, o, visto de otra manera, la de fundamentarlo, sometiéndolo a algo, digamos, superior. Eso nos puede conducir a la idea equivocada de que todo poder sea de suyo algo malo y no es así. El poder impli-